



Andamios. Revista de Investigación Social

ISSN: 1870-0063

revistaandamios@uacm.edu.mx

Universidad Autónoma de la Ciudad de México
México

Follari, Roberto

La interdisciplina revisitada

Andamios. Revista de Investigación Social, vol. 1, núm. 2, junio, 2005, pp. 7-17

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62810201>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

 redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LA INTERDISCIPLINA REVISITADA

Roberto Follari*

RESUMEN. La inter y transdisciplina no son nuevas, pero pretenden serlo. Se ignora su auge inicial en los años setenta, y el debate ideológico que les dio origen. Actualmente se apela a ellas como si fueran intrínsecamente críticas y contrarias a lo establecido; ello, a pesar de la evidencia de que los programas de reconversión tecnocrática de la empresa científica para servicio del gran capital (Gibbons), las proponen enfáticamente como parte de su decisión de eliminar el orden teórico específico, para subordinarlo a la aplicación eficientista. Cualquier uso diferente de lo interdisciplinar debe tematizar su diferencia con esta postulación, no ignorarla.

PALABRAS CLAVE: interdisciplina, ideología, empresariado, aplicación, modernidad.

El tema de la interdisciplina siempre retorna. Establecido en el imaginario de la completitud que superaría las fraccionalidades propias de cada disciplina, o en el de la feliz mezcla que todo lo reúne hacia un pastiche disolutor de las peculiaridades aislacionistas, vuelve con la insistencia de los arquetipos inconscientes, y se establece de nuevo en cada ocasión como si fuese la primera.

De modo que otra vez está en escena la reinventada propuesta de lo interdisciplinar, reprimido su origen para que no sea advertida en lo que tiene de repetición y de retorno. Con ropajes a medias cambiados y a medias idénticos, esto ya se vivió en los años setenta, como una respuesta a las propuestas de los alumnos rebeldes de mayo del 68 (Follari, 1982 y 1990). La interdisciplina llenó ríos de tinta, legitimó programas en elecciones para autoridades universitarias, engalanó informes de actividades,

* Doctor en psicología por la Universidad Nacional de San Luis. Profesor titular de Epistemología de las Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo (Argentina). Correo electrónico: <robfollari@ciudad.com.ar>.

sin haber encontrado nunca los principios epistemológicos que la sacaran del plano de la propuesta política hacia el de la viabilidad académica y la fecundidad investigativa. De tal modo, se perdió en el olvido hacia los años ochenta, hasta que a fines de los años noventa vivimos un *revival* que —para ser plenamente tal— decidió prescindir de las citas y de otras elegancias que hacen al repertorio de, por ejemplo, las *remakes* cinematográficas. En este caso, nadie parece saber que hubo un auge anterior del tema, o nadie quiere dar cuenta de que lo sabe. De modo que en el campo discursivo, estamos (re)descubriendo continentes ya descubiertos.

Es curioso que se mantenga el sentido entre festivo y triunfalista que fuera propio de la aparición de la temática en los años setenta, ya sea en su versión opositora, como la oficializada por la OCDE para los países europeos. Apuntar a *Teorías sin disciplina* (Castro-Gómez y Mendieta, 1998) parece ser un llamado válido por sí mismo, y que no requiriera posterior explicación para justificarse en su pertinencia, así como en lo que se supone que tendría de ideología crítica de lo hegemónico.

De tal modo, parece desconocerse que la interdisciplina aparece recurrentemente como una propuesta de la derecha ideológica proempresarial. Por supuesto, argumentarán muchos, no se trata de una propuesta idéntica a la que realizan otros, desde el pensamiento poscolonial, los estudios culturales o la crítica epistemológica. Sin duda que es así, que bajo la generosa amplitud de esa noción, y de las cercanas y entremezcladas con ella (transdisciplina, multidisciplina, etcétera) se cobijan posturas y proyectos diferentes, y que éstos debieran ser convenientemente discriminados entre sí. Pues bien, precisamente eso es lo que nosotros solicitamos, y por ello nos es claro que la sola apelación a superar lo disciplinar carece de todo rasgo intrínseco que fuera necesariamente crítico o liberador. La propuesta interdisciplinar en su primera formulación explícita, surgió como modo de tranquilizar a los estudiantes que habían realizado tomas de universidades y rebeliones en la calle a fines de los sesenta (Apostel, 1975).¹ Tuvo una direccionalidad

¹ Apostel *et al.* (1975). Este libro recopila una serie de ponencias expuestas en un Congreso internacional sobre interdisciplina realizado en Niza en 1970. La “novedad” a que nos enfrentamos va acercándose al medio siglo de existencia.

ideológica precisa, aunque mantuvo la ambigüedad necesaria para parecer una respuesta a demandas de esos mismos estudiantes, para presentarse como la retraducción de sus banderas de superación tanto de la separación entre teoría y práctica, como de la existente entre intelecto y realidad.

Pero este cambio de sesgo llevó hacia la ligazón de universidad con empresa, y al demérito relativo de la formación científica tras el acento puesto en la formación exclusivamente profesional. Se “operativizó” la formación de acuerdo con la lógica eficientista de los empresarios privados o del Estado como (por entonces) gran empresario, subordinando el pensamiento crítico y las posibilidades de actividad profesional no regida tan directamente por la dinámica inmanente de la ganancia.

Empecemos por reconocer la historia para no repetirla. La transdisciplina no es un meritorio invento liberador surgido de los pensadores poscoloniales, ni una inédita batalla contra bastiones ordenadores propios del pensamiento moderno. Es una propuesta que se planteó inicialmente en épocas en que no existía ni remotamente lo posmoderno, de modo que su búsqueda era por completo realizada en términos propios de la modernidad. Además, de la modernidad hegemónica, no de su lado crítico o negativo. La modernidad que ha paseado por la historia de Occidente la idea de que el mundo es un espacio para ser dominado, para ser explotado bajo la racionalidad pragmática, dispuesto a ser objeto de cálculo racional a la pura finalidad de su dominio y de la ganancia que pueda proveer. Estas son las credenciales de nacimiento de la interdisciplina, no otras. Por supuesto, ello nada supone en cuanto a que no pudiera pensarse de otros modos bajo otras circunstancias, y dentro de diferentes marcos conceptuales. Pero sí deja clara la no autorización a plantear las cosas como si nada antes hubiera sucedido, como si la apelación a lo inter o transdisciplinar surgiera *aquí y ahora*, como si no estuviéramos obligados a despejar equívocos y resolver conflictos de interpretación si es que queremos ocupar ese terreno.

De modo que esta vieja novedad conceptual, retorna actualmente de diversas maneras. Una es la intentada por Wallerstein con la Comisión Gulbenkian (1996), donde se hace una asunción de la actual crisis de las ciencias sociales, y se aboga por una superación de las distancias entre disciplinas. La propuesta queda a medio camino entre la reivindicación de los estudios culturales y la asunción de las dificultades que tiene cada

una de las disciplinas tradicionales para dar una interpretación de lo social por sí misma.

Queremos destacar que estas dos posiciones son muy diferentes entre sí, y por ello no son superponibles ni conciliables. Por un lado, los estudios culturales abjurán del marxismo, el cual no fue nunca interdisciplinario por la simple razón de que jamás hubiera aceptado la diferenciación —respecto de lo social— para ser trabajado por disciplinas diversas. Las razones para la superación de los límites entre disciplinas se hacen, a partir de esa consideración, antitéticas para estas dos posturas (marxismo y estudios culturales).

Para estos últimos, toda noción de totalidad social está abolida. No creen que tal totalidad exista o merezca algún tipo de referencia, con lo cual la variabilidad de los fragmentos aparece como repertorio de análisis. Tal flotación de diferencias ganaría en su mutua fecundación y combinación; en tanto, se asume que todos los géneros son laxos (y por ello también lo son sus límites, como los que separarían las disciplinas), de modo que no se recupera ninguna unidad previa, sino que se inaugura una polifonía inédita de diferencias y acentos. Sin embargo, debemos consignar que lo inter o transdisciplinar funciona aquí como callada repetición del (des)orden de lo real, al pretender captarlo sin la intermediación del ordenamiento epistémico, como obedeciendo a una especie de callada naturaleza de las cosas mismas (regresando de hecho a una epistemología *pre-bachelardiana*, propia de inicios del siglo XX). Y así, en un gesto de supuesta superación de la modernidad, se dejan de lado las exigencias constructivas de las teorías científicas como si fueran un lastre que puede abandonarse sin problemas, con lo cual lo interdisciplinario corre el riesgo de volverse pre-disciplinar o anti-disciplinar (lo que ya sería otra cosa, y constituye un contrasentido en sí misma).²

Para el marxismo, por su parte, lo social es un todo estructurado, y como tal sólo comprensible en la composición del conjunto de sus partes. La economía —lejos de la vulgata que se ha hecho del marxismo, sobre todo por algunos sedicentes “superadores”—, es siempre-ya “economía política”, y no una variable independiente que determina desde sí el

² García Canclini (1998). Véase una crítica ácida a este aspecto en Reynoso (2000).

resto de las instancias sociales. Lo político es obviamente impensable sin la economía, y por cierto lo social —si es que puede independizárselo en algún sentido— está entramado en los dos niveles anteriores. Por cierto, lo antropológico no estaría separado de lo sociológico (la diferencia entre culturas y sociedades es profundamente ideológica e instalada desde el repertorio de los colonialismos), de manera que no existirían ciencias sociales separadas e independientes.

Conocemos la reducción de Marx a sociólogo, producida por cierta sociología, vía de la célebre e improbable trilogía Durkheim-Marx-Weber, la cual no cumple otra función que la de dar a esa disciplina la idea de una tradición en común tras la cual encolumnar a sus investigadores, y ordenar el campo en su dispersión teórica e ideológica más o menos inevitable (Alexander, 1991). Tal interpretación nada tiene que ver con el marxismo, ni con la mirada de los marxistas sobre sí mismos. A tal punto el marxismo no es una sociología (ni “contiene” una sociología diferenciable del resto de su textualidad), que toda la teoría de la alienación y la del fetichismo (esta última propia del Marx “maduro”) es sabido que son netamente filosóficas, mal que le pesara a la furia clasificatoria de Althusser, quien buscaba un Marx “extrafilosófico” en contra de Marx mismo. Pero además, no sólo el mismo Althusser era un filósofo —que por otras razones también hubiera recusado la idea de una sociología marxista—, sino que el marxismo no opera en los márgenes internos de la práctica científica; busca ser una teoría orientadora directa de prácticas sociales masivas, y como tal, trasciende el ámbito explicativo propio de las teorías en el espacio de la institucionalidad académica.

De tal modo y dentro de esta concepción que reubica lo académico en lo que lo desborda y lo compone a la vez, para el marxismo no hay ciencias sociales autónomas, sino una sola ciencia de lo social. Para los estudios culturales, en cambio, hay una amplia variabilidad y gama de matices y puntos de vista en las disciplinas y teorías existentes dentro de un rango de relativa multiplicidad y dispersión, y producir desde ellas un cierto *collage* combinatorio, puede enriquecer interpretaciones y promover nuevas ópticas.

Como se ve, bajo el nombre de interdisciplina (si alguien quisiera proponerla desde el marxismo, apelando a la justificación que hemos realizado) pueden caber posiciones antitéticas: instaladas en fuertes di-

ferencias, tanto desde el punto de vista ideológico, como desde el propiamente epistémico.

En todo caso, dejamos constancia de que hoy la posición de Marx tendría que ser revisada en un sentido: la abolición de las disciplinas específicas hacia un discurso único podría resultar anacrónica, en tanto llevaría a achatar especificidades ya construidas en las diferenciadas tradiciones de las disciplinas. Dicho de otro modo: el acopio de conocimientos en cada área disciplinar es actualmente tan amplio, que volver a la idea de un único espacio explicativo podría —si no “de jure”, sí de hecho— resultar reductivo.

Ya lo avanzado en el conocimiento de lo social no podría ser reducido a un solo espacio de explicación. Sin embargo, la noción de *totalidad* como categoría organizadora de la mirada de cada disciplina, alcanza todavía sentido. Que cada una actúe sabiendo que su especificidad no existe y que sólo responde a un recorte instrumental y analítico, permitiría dejar de pretender que cuando se hace economía a secas, se está haciendo ciencia suficientemente justificada, menos aún “exacta”. La misma invalidación se daría para quienes pretenden desprender al análisis político de las determinaciones económicas, o al sociológico de alguna o de ambas de las dos anteriores.

A su vez, la posterior reunión sintética (incluso por vía de trabajos de investigación interdisciplinares grupales) de lo trabajado desde cada ciencia de manera analítica resultaría necesaria, de modo que las diferentes “partes” del entramado social encuentren su sentido en la concepción de conjunto que re-sitúe dichas partes.

En cualquier caso resulta claro que los estudios culturales prefieren la diferencia, mientras el marxismo remite a lo social como unidad. Sus nociones de justificación de la mezcla disciplinar son casi opuestas entre sí.

Por ello es que a la mezcla planteada desde el marxismo habría que calificarla de alguna manera específica, ya que la noción de interdisciplina le es exterior, e incluso resulta enormemente posterior a su propio desarrollo liminar.

Creo haber justificado cómo la apelación a estudios culturales y afines, poco tiene que ver con la noción marxista de proponer cierta unidad del objeto de conocimiento. Una distinción más fuerte entre ambas tradiciones sería necesaria en aquel texto de la Comisión dirigida por Wa-

llerstein, con la finalidad de no proponer una cosa para obtener la otra, en tanto que las nociones de sistema-mundo de Wallerstein deben mucho de su concepción al marxismo.

También encontramos la versión *aggiornada* de la posición pro-empresarial, en el difundido texto de Gibbons y otros, *La nueva producción del conocimiento* (1997). Aquí la cuestión es postulada en términos de superación del pasado académico, caracterizado por la existencia de las disciplinas con un sentido intra-teórico desgajado de las exigencias que se atribuye a "la realidad". Esta última llamaría con fuerza desde las urgencias del desarrollo económico, que el autor lee como las de los dueños de las grandes empresas. De tal modo, se trata de trasladar el lugar de investigación desde la universidad a la empresa, de lo académico a lo productivo-económico, y de pasar del interés por la explicación al que se tenga por la aplicación.

Tan rotundo cambio de acentos supone también dar un lugar al trabajo de grupo por sobre el individual, ya que hay que mezclar diversos discursos disciplinares para la investigación aplicada. Ello, porque se trata de retornar directamente al orden de lo real desde el de la teoría, con el fin de servir a los mecanismos de operación propios de la empresa suficientemente actualizada para el éxito en la actual economía. Aunque también se busca modificar a la academia: "Algunas de las prácticas asociadas con el nuevo modo ya están creando las presiones tendientes a producir un cambio radical en las instituciones tradicionales de la ciencia, particularmente en las universidades y en los consejos nacionales de investigación" (Gibbons, 1997: 47).

Esta "presión" hacia las academias no deja de sentirse en los últimos años con extremo vigor desde las burocracias que financian la investigación, llevándola hacia el campo de lo utilitario y de lo inmediato, y abandonando decididamente el apoyo a todo lo que no sea aplicativo.

La función intrínseca de lo interdisciplinar en este dispositivo de puesta de la ciencia al servicio directo del capital, y a su creciente desarticulación en función de convertirse en simple tecnología al servicio del lucro empresarial, es por demás evidente. Por una parte, privilegia la aplicación sobre lo explicativo, y reduce esto último, limitando así el lugar del pensamiento crítico y de la referencia al espacio social global en que se inscriben las "innovaciones" empresariales. Por otro, pone lo

real sobre lo epistémico, como si lo real se explicara *per se*. De tal manera, busca deslegitimar el orden teórico por considerarlo “lejano a la realidad”, a la vez que instaurar la noción de que “aplicación al servicio del capital” es igual a “realidad”, pues sería servir a la lógica inmanente del desarrollo económico. Y el orden teórico propio de las disciplinas podría dejarse de lado, para reinstaurar un sentido común para el cual lo verdadero fuera igual a lo útil, y lo útil igual a lo útil para el gran empresariado.

Como se ve, esta concepción de lo interdisciplinar está en las antípodas de cualquier pensamiento crítico, de modo que esperaríamos que quienes sostienen la interdisciplina desde otros lugares ideológicos, se hagan cargo de especificar las diferencias conceptuales y de despejar su propuesta de ambigüedades, dado que es evidente que lo interdisciplinar está a años luz de ser “genéticamente impoluto”.

Por ello, resulta saludable advertir posiciones más cautas acerca de la interdisciplina como las que sostiene Alberto Flórez-Malagón, aunque por momentos su formación cercana al poscolonialismo lo deslice hacia cierto énfasis apologético (Flórez-Malagón, 2002). En su caso, se señala la riqueza que la interdisciplina puede guardar para promover nuevos objetos de conocimiento, pero también se recusa una radicalidad antimoderna que dejaría de lado conocimientos previamente asentados, los que —por cierto— serían condición misma de los trabajos transdisciplinares.

No vamos a hacer aquí un análisis detallado de la variada compilación con la cual Flórez-Malagón ha retomado hace poco tiempo el tema de lo transdisciplinar. Hay allí textos que van en dirección de defender la *narrativa* (Partner, 2002), o de situar un lugar más fuerte para las humanidades en el análisis de lo social (Millán de Benavides, 2002), lo cual no deja de ser considerablemente problemático si no se discuten las diferentes condiciones de legitimación operantes para ambos tipos de discurso; de defensa del feminismo (Mc Donald, 2002), o de esclarecimientos sutiles y bien planteados en torno a lo poscolonial aplicado a Latinoamérica (Bustos, 2002). Sin embargo, en pocos de estos textos lo interdisciplinar y la específica elucidación de sus protocolos se transforman en el punto decisivo de análisis. Si bien no acordamos con las “mentes indisciplinadas” como modo supuesto de abrir la imaginación (Frankman, 2002) —en tanto creemos que un pensamiento interdisciplinar sin disciplinas de

base que sirvan para la mezcla conceptual posterior, es simplemente impensable—, hallamos en el libro otro trabajo con premisas muy compatibles (Borrero, 2002).

La interdisciplina como necesaria para la resolución de problemas concretos; la exigencia de realizarla a través de trabajo grupal, pues se requiere el aporte de personas provenientes de diferentes ciencias —no hay interdisciplina unipersonal, contra de lo que a menudo se proclama—; los problemas de coordinación que exigen esas actividades grupales; la evidencia de que lo interdisciplinar no es fácil ni brinda resultados inmediatos. Todas estas constataciones traen el tema nuevamente al terreno de una necesaria sensatez, y a su justificación en criterios de epistemología por una parte, y por otra de administración de la investigación. Es en estos planos acotados donde se puede razonablemente dar significado al debate, y no en una especie de hiperinflación doctrinal por la cual desde un ámbito tan intra-científico como es el investigativo, se pretenden a veces tan colosales finalidades como torcer el rumbo (disciplinario) que habría tenido todo el pensamiento de Occidente.

[Fecha de aceptación: 15/01/2005]

BIBLIOGRAFÍA

- ALEXANDER, Jeffrey (1991), “La centralidad de los clásicos” en Anthony Giddens, Jonathan Turner *et al.*, *La teoría social, hoy*. México: Alianza Editorial.
- APOSTEL, Leo *et al.* (1975), *Interdisciplinariedad*. México: ANUIES (Biblioteca de la Educación Superior).
- BORRERO, Alfonso (2002), “La interdisciplinariedad y los problemas sociales” en Alberto Flórez-Malagón y Carmen Millán de Benavides (eds.), *Desafíos de la transdisciplinariedad*. Bogotá: Universidad Javeriana.
- BUSTOS, Guillermo (2002), “Enfoque subalterno e historia latinoamericana: nación, subalternidad y escritura de la historia en el debate Mallon-Beverley” en Alberto Flórez-Malagón y Carmen Millán de Benavides (eds.), *Desafíos de la transdisciplinariedad*. Bogotá: Universidad Javeriana.

- CASTRO-GÓMEZ, S. y Eduardo Mendieta (coords.) (1998), *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*. México: Porrúa.
- FLÓREZ-MALAGÓN, Alberto, Carmen Millán de Benavides *et al.* (2002), “Introducción” en Alberto Flórez-Malagón y Carmen Millán de Benavides (eds.), *Desafíos de la transdisciplinariedad*. Bogotá: Universidad Javeriana.
- FOLLARI, Roberto (1982), *Interdisciplinariedad: los avatares de la ideología*. México: UAM-Azcapotzalco.
- _____ (1990), *Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina*. Buenos Aires: Aique-Rei-Ideas.
- FRANKMAN, Mayron (2002), “La mente indisciplinada: la imaginación liberada” en Alberto Flórez-Malagón y Carmen Millán de Benavides (eds.), *Desafíos de la transdisciplinariedad*. Bogotá: Universidad Javeriana.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1998), “De cómo Clifford Geertz y Pierre Bourdieu llegaron al exilio” en *Causas y Azares*, núm. 7. Buenos Aires.
- GIBBONS, Michael *et al.* (1997), *La nueva producción del conocimiento (la dinámica de la ciencia y la investigación en las sociedades contemporáneas)*. Barcelona: Pomares-Corredor.
- Mc DONALD, Lynn (2002), “La enseñanza de la teoría clásica, con la inclusión de: mujeres teóricas, biografía, historia, y el entorno biofísico” en Alberto Flórez-Malagón y Carmen Millán de Benavides (eds.), *Desafíos de la transdisciplinariedad*. Bogotá: Universidad Javeriana.
- MILLÁN DE BENAVIDES, Carmen (2002), “La literatura de nuevo al centro: abrir el archivo” en Alberto Flórez-Malagón y Carmen Millán de Benavides (eds.), *Desafíos de la transdisciplinariedad*. Bogotá: Universidad Javeriana.
- PARTNER, Nancy (2002), “La verdad narrativa y la narrativa adecuada: la historia después del posmodernismo” en Alberto Flórez-Malagón y Carmen Millán de Benavides (eds.), *Desafíos de la transdisciplinariedad*. Bogotá: Universidad Javeriana.
- REYNOSO, Carlos (2000), *Auge y decadencia de los estudios culturales (una visión antropológica)*. Barcelona: Gedisa.

WALLERSTEIN, Immanuel *et al.* (1996), *Open the social sciences (report of the Gulbenkian Comisión on the restructuring of social sciences)*. Stanford: Stanford University Press.